



1961

Liesel Meminger



NARRATIVA ESCOLAR

20 de agosto

Max llega tarde. Normalmente, a las seis menos siete minutos suele estar ya en casa, pero el reloj marca las seis y cuatro, y todavía no ha aparecido. Alguien ha debido de entretenerlo al salir del trabajo. Espero que no tarde mucho más, o la cena se enfriará, y Max no soporta la cena fría.

El reloj de pared resuena en el piso silencioso. Para hacer tiempo mientras llega Max, reviso los estantes de la alacena. Las tazas de loza y los vasos de vidrio están en fila, alineados en perfecto orden, como una tropa de soldados a punto de marchar al combate. Entonces reparo en que una taza está levemente girada a la izquierda, de manera que su asa casi roza la taza contigua, rompiendo la perfecta formación de mi ejército. La giro ligeramente hacia la derecha, devolviendo el soldado rebelde a su puesto. El armarito recupera su armonía establecida. Sonrío. Perfecto.

El sonido de las seis y cuarto del reloj atraviesa la penumbra del piso vacío. Las cortinas echadas protegen las habitaciones del brillante sol de agosto. Echo un vistazo preocupado a la mesa, ya puesta, incluso la silla ligeramente retirada, lista para que Max la ocupe y dé cuenta de la cena. Miro el mantel blanco, la comida tapada con platos boca abajo para que no se enfríe. No necesito verlo para saber que lo que hay debajo luce pobre y escaso, aunque me he esmerado para hacerlo lo más apetecible posible. Suspiro. Max solía decirme lo bien que cocinaba. Cuando salíamos a cenar con amigos, solía jactarse de que ni en los restaurantes cocinaban tan bien como su Margarethe.

En los últimos diez años rara vez he escuchado esas palabras. Por supuesto, no es culpa mía. Ni siquiera una gran cocinera puede hacer milagros con la comida que nos dan. Con las cartillas la comida nunca es suficiente. Y hace años que no

vamos a un restaurante. Ha habido tan poco que celebrar últimamente. Y con lo que pasó hace una semana, todavía menos. Al principio se oían los gritos de protesta de la gente, incluso los del otro lado se manifestaban. Pero de poco ha servido. Ladrillo a ladrillo nos han encerrado aquí dentro.

Para hacer tiempo mientras llega Max, cojo un trapo de la cocina, abro el cajón de los cubiertos y saco una cuchara. Me miro en el reflejo deformado, boca abajo. Me pregunto si así es como se ve la ciudad ahora, si así es como nos ve el resto del mundo. Pero lo cierto es que a veces parece que al mundo le da igual, y empiezo a sacarle brillo a la cuchara, ocultando mi reflejo y el de la ciudad.

Saco brillo a los cubiertos, repasando el mango con el paño, una, dos, tres veces, con calma, esmerándome, dejándolos relucientes, esperando oír en cualquier momento la llave girando en la cerradura, las rayas de la camisa de Max apareciendo tras puerta.

Cuatro cucharas, cinco tenedores y tres cuchillos más tarde, Max todavía no ha llegado. El reloj ha dado la media y menos cuarto. Me preocupo seriamente. La cena se ha enfriado inevitablemente, y Max detesta las patatas frías. Probablemente probará un bocado, y al notar la ausencia de calor fruncirá el ceño, masticará con la mandíbula izquierda, tragará y mirará las patatas fijamente, como si pudiera calentarlas con la mirada. Mientras se come la col, jugará con las patatas, las destrozaré y aplastaré con la punta del tenedor, luego las llevará en círculos alrededor del plato, como si de esa manera pudiera hacerlas desaparecer. No levantará la mirada, porque sabe que entonces se encontraría con la mía, observándolo fijamente, mis ojos un recordatorio de que debe comerse las patatas frías. Ya no intenta discutir conmigo. Los primeros días que la comida se enfrió quiso ofrecerme las patatas a mí,

pero ya ha perdido demasiado peso en estos últimos años. Le dije que se las comiera. Tras su camisa de rayas, Max se encerró en un silencio hosco, como el niño que nunca tuvimos hubiera hecho si le hubiera regañado, pero se acabó la cena. Eso fue hace años. Hoy tampoco discutiré y se acabará la cena sin decir una palabra, como vienen siendo las cenas desde hace meses. Pero Max aborrece las patatas frías.

Me paseo por el piso, en busca de algún objeto fuera de su sitio, algo que haga falta recolocar en su posición exacta, alguna pieza rebelde que haya decidido escapar del lugar que le corresponde. Pero poco hay que mirar, poco que poner de nuevo en su sitio. Paso junto al reloj de pared, herencia de mi madre, que resuena en el piso vacío, el tic tac como un fiel compañero de todos estos años. En cualquier momento la puerta se abrirá y las rayas de Max aparecerán tras ella, explicando que lo han hecho trabajar horas de más, sin quejarse pero con los ojos llenos de reproche.

Las ocho. Max llega muy tarde. Un sentimiento de intranquilidad empieza a nacer en mi estómago. Estas ya son horas muy tardías. Qué raro que a Max lo hayan hecho trabajar hasta tan tarde. Max me mira, enamorado y sonriente, desde la fotografía del día de nuestra boda. Los dos tan jóvenes, los dos tan guapos. Los dos tan felices. Tan enamorados. Suspiro. Max detesta las patatas frías.

El reloj da las ocho y media. Las nueve. El piso se va oscureciendo poco a poco y las sombras llenan las habitaciones con inquietud. El sentimiento de desasosiego crece en mi estómago y lentamente va trepando por mi pecho. ¿Dónde está Max? ¿Realmente pueden haberle hecho trabajar tantas horas extra?

Lo espero toda la noche. La cena yace, abandonada, bajo los platos blancos, encerrada en su campana de loza de la que nadie se molesta en sacarla. Las patatas frías esperan, pacientemente, a que Max las descubra y las rechace.

Para acallar el sentimiento de preocupación, probablemente infundado, me siento en el sillón, piernas cruzadas, brazos relajados sobre los brazos del sillón, y cierro los ojos. Escucho en mi oscuridad, inmóvil, esperando oír la cerradura. Pero solo se escucha el eterno tic tac del reloj. Imparable.

Las diez. Abro los ojos. Max me mira, sonriente. Los cierro de nuevo. Mi estómago ruje. Esperaré a Max. En cualquier momento la puerta se abrirá y lo veré aparecer tras ella.

Las once. Abro de nuevo los ojos. O tal vez llamarán a la puerta y será un policía, que viene a dar las malas noticias. Hay tantos estos días por la ciudad, patrullando el orden y la seguridad con sus uniformes negros y sus fusiles relucientes, que no me cuesta nada imaginarme a uno llamando a la puerta, quitándose su gorra y empezando: “señora Singer, lamento decirle que su marido...” ¿Qué su marido qué? ¿Qué le puede haber pasado a Max? Sacudo el pensamiento de mi cabeza. Horas extra. Tan solo horas extra. En cualquier momento su camisa a rayas se asomará tras la puerta. Permanezco en el sillón, la mirada fija en la oscuridad que se cuelga por las ventanas. Ya no puedo cerrar los ojos.

Cuando el reloj marca las doce, salto del sillón, intentando mantenerme a flote. Recorro el piso de arriba abajo, andando y desandando kilómetros, rebuscando la duda y la incertidumbre, incapaz de recolocar la angustia en su sitio exacto. ¿Qué habrá pasado? ¿Dónde está Max?

Las horas de la noche se suceden y los monstruos salen a cazar. Me clavan sus zarpas en el pecho, y no sé cómo alejarlos. Dios mío, Max, ¿dónde estás? Max me mira, sonriente como siempre, mi brazo blanco entrelazado con su brazo negro.

Qué guapo estaba aquel día. Qué joven era yo. Qué joven era el mundo. ¿Y si lo han hecho trabajar tantas horas extra por las manifestaciones?

En casa no tenemos radio, así que pienso en pasar a casa de los vecinos a preguntarles si han dicho algo. Salgo del piso y estoy a punto de cruzar el descansillo, oscuro y silencioso como una casa en plena noche, cuando recuerdo que es de madrugada.

Debo esperar hasta mañana, pero creo que antes estallaré de impaciencia, de ansiedad. ¿Qué hacer hasta que llegue el día? Esperar a Max en el sillón, dejando que los monstruos me devoren lentamente. Max me mirará, sonriente, desde su mundo en blanco y negro.

Echo vistazos furtivos a la puerta, como si en cualquier momento la camisa de Max fuera a aparecer tras ella, como si en cualquier momento alguien fuera a llamar al timbre para darme explicaciones.

¿Y si le ha pasado algo? ¿Y si ha tenido algún problema con las protestas, con las manifestaciones? Decían por la radio que la gente empezaba a ponerse violenta. Decían que se temían revueltas, desorden público, ¿hubo alguien que habló de masacre? Los monstruos dan zarpazos y dentelladas. Me hundo en el sillón, ahogándome en la preocupación. ¿Y si a Max le han hecho algo? ¿Pero quién querría hacerle daño a Max, a ese hombre que en su vida le ha hecho nada a nadie, que en este mundo intenta sobrevivir y salir adelante como el resto, que gana su pan honradamente y cumple con lo que el Estado le encomienda, a ese hombre humilde, pequeño, que observa el mundo tras sus gafas redondas y su ceño fruncido y sus silencios y sus camisas a rayas, sin objetar nunca nada?

En algún momento caigo rendida al sueño. Por alguna razón, los monstruos deciden dejarme dormir tranquila, y cuando despierto los rayos de sol se cuelan tímidamente a través de las cortinas. Las ocho y dieciséis minutos. Max me sigue sonriendo, como si estuviera a salvo. Corro al piso de enfrente. “Max no ha llegado. ¿Sabéis algo? ¿Sabéis si han convocado horas extra, sabéis si ha pasado algo, sabéis si han dicho algo?”

“No.”

“No han dicho nada.”

“Todo sigue igual que siempre. Igual que desde hace una semana, al menos.”

Vuelvo a mi pequeño piso de rayos de sol y penumbra. ¿Qué hacer ahora? La cena sigue bajo los platos. Los levanto, dispuesta a tirar lo que ahora es inevitablemente inservible. El hambre se mueve como un animal enjaulado y despierta dolor de cabeza. Mientras recojo la cena, decido que iré a su trabajo. Preguntaré si está allí, si alguien sabe qué ha pasado, si alguien sabe dónde está. Eso es, cuando acabe de recoger la cena, iré a su trabajo, y allí averiguaré dónde está Max.

Estoy a punto de coger el plato de patatas frías cuando llaman a la puerta.

15 de agosto

La gente nos insultaba. No solo los de este lado. También los de enfrente. Habían sacado pancartas, telas con palabras negras, gritaban, con los puños en el aire, las caras contraídas por la rabia. Nos gritaban los de un lado. Nos gritaban los del otro. Y yo estaba allí en medio, junto a la alambrada, sin entender por qué debía yo recibir esos golpes. Miré a mis compañeros, algunos parecían tan aturdidos ante

la lluvia de insultos como yo. Algunos se miraban las botas, otros se miraban entre ellos, otros alzaban la barbilla y miraban a la gente, pero les costaba sostenerles la mirada.

Los manifestantes gritaban tras sus pancartas y pensé que no les costaría mucho dejarlas atrás y venir a por nosotros. Todos agarrábamos nuestros fusiles con ambas manos, con fuerza, como si de esa manera pudiéramos mantenernos a salvo de las muchedumbres furiosas.

Yo no entendía por qué nos increpaban. Nosotros solo estábamos cumpliendo con nuestro deber. Pero incluso los guardias del otro lado nos insultaban.

—¡¡Venga, Schuman, no te amilanes!! —Me gritó Bickel al pasar junto a mí. Aquel día supervisaba nuestra zona —. ¡Te veo demasiado encogido, Schuman! — vino hasta mí y me gritó de nuevo —: ¿Es esta la postura de un guardia voluntario? ¡Enderézate y ponte derecho, joder! ¡Si te acobardan los gritos de cuatro desgraciados, no sé qué estás haciendo aquí!

Me puse firme, la mirada al frente, en las multitudes furiosas, donde muchas más de cuatro personas agitaban pancartas encolerizadas.

Nuevos insultos llegaron a mis oídos. Quería gritarles que yo solo cumplía con mi deber. Yo no había puesto aquella alambrada, pero la gente vociferante parecía pensar que sí. Yo quería aquella alambrada tan poco como ellos. Yo sabía lo que aquello significaba tanto como ellos. También a mí se me había caído el alma a los pies al escuchar la noticia por la radio. Pero entonces habían puesto en marcha la Operación Rosa, y a mí me había llamado el deber.

Pensé en Lena, en casa con mamá y papá. Cuando había salido de casa para acudir al puesto de guardia, mamá lloraba. Habíamos escuchado la noticia todos

juntos, a medianoche. El piso había quedado sumido en un silencio denso, espeso, que parecía que podía ahogarnos a todos. Todos habíamos pensado en salir alguna vez. ¿Quién no había pensado en salir alguna vez? Pero sólo era un vago pensamiento en nuestra mente, que intentábamos atrapar por un fugaz momento, para dejarlo ir al siguiente, ahuyentándolo apresurados, con miedo de que alguien nos descubriese. Algún día, pensábamos, por los resquicios de nuestra mente. Algún día.

Ahora ya daba igual. Mi madre lloraba y a mí me insultaban. Cuando vine aquí de voluntario nunca imaginé que acabaría así. Todo había empezado con una línea, una línea de pintura blanca como la nieve sobre los adoquines. Pero la nieve creció espino, ante las miradas indignadas y asustadas de la gente que nada podía hacer, salvo gritar e insultarnos.

—A este paso vamos a tener que usarlos —dijo Phillip a mi lado, con tono tenso y ojos vigilantes, mientras acariciaba el gatillo de su fusil. La gente parecía a punto de saltar en cualquier momento.

—El alcalde no permitirá una masacre aquí en medio —repliqué—. Nadie va a permitir una masacre después de todo lo que ha pasado.

Pero si las multitudes desesperadas nos atacaban, ¿sería eso cierto? No lo sabía. Solo sabía que no me había presentado voluntario para eso. Phillip inclinó la cabeza a un lado ante mis palabras y se encogió de hombros.

—Puede, pero aquí, este uniforme es el que manda.

Esos días el espino comenzó a crecer piedra. Poco a poco, las esperanzas se iban derrumbando con cada bloque de cemento que se añadía. Encerrándonos, separándonos del resto del mundo, sepultándonos en vida. Las manifestaciones quedaron sin más respuesta que la de los ladrillos, que se burlaban de los gritos, de

los puños alzados, de los gritos indignados. Las esperanzas de que todo fuera momentáneo se perdían gota a gota, en un goteo incesante destinado a dejarnos vacíos. Las caras de furia se tornaron en desesperación, al ver que la realidad, inflexible, vencía.

El calor de agosto se colaba a través de mi uniforme. El sudor me empapaba las palmas de las manos y el fusil se volvía pesado, muy pesado, en mis manos. Ya no veía las multitudes furiosas, solo los ladrillos que se levantaban uno a uno. Encerrándome, separándome del resto del mundo, sepultándome en vida. Tal vez yo había sido un iluso más, esperando que fuera todo temporal, que de repente viniera un superior y nos dijera que nos podíamos ir a casa o que teníamos que retirar la alambrada.

No iba a suceder. Los ladrillos se acercaban, uno a uno, lentamente, pero sin pausa, inexorablemente, dispuestos a sellar mi destino.

Aún recuerdo lo que me dijeron el día que me uní al Ejército Popular. “Este uniforme es lo mejor que os ha podido pasar en vuestra vida”.

“Aquí, este uniforme es el que manda”

Yo no me había presentado voluntario para eso, pero tal vez todos tenían razón.

Todo daba vueltas en mi cabeza. La alambrada se retorció, no más alta que mi rodilla, desafiante, provocadora. Yo la miraba, acusador. Y los ladrillos se acercaban. El tiempo goteaba junto con la esperanza. ¿Cuánto quedaba hasta que me quedase sin nada?

Una guardia aquí. Otra allá. En todas partes los ladrillos se comían el espino. Y entonces me dejaron al mando del puesto de guardia. El calor de agosto era

insoponible, el fusil pesaba como un muerto. Todo daba vueltas, el espino, Lena, los gritos, mi madre, los ladrillos, mi padre, los uniformes, mi vida. Yo miraba hacia un lado, hacia el otro, la alambrada que los separaba, los ladrillos que los separarían, mis compañeros que hacían guardia conmigo. A veces me preguntaba si me descubrirían, si tardaría demasiado en ahuyentar mis pensamientos y sabrían todo, la alambrada, los ladrillos, mi uniforme.

A las dos en punto asigné las tareas a los soldados. Los distribuí para quedar solo. Pensé que me increparían, que se volverían contra mí como otra multitud amenazante, pero nadie notó nada. Me quedé en mi puesto, solo, viendo pasar a los ciudadanos que nos miraban con resentimiento, con desprecio, con indiferencia, con ojos suplicantes. A las cuatro acabaría la guardia y ya no estaría solo. La alambrada estaba allí al igual que en todas partes. Separando, encarcelando. Y apenas por mi rodilla.

La cara de Lena y sus quince años me abofeteó, mi madre, mi padre, todos estaban allí, ante la alambrada. Pero los ladrillos se acercaban, poco a poco, serpenteantes, deslizándose, sellando destinos, tic tac tic tac.

Mis compañeros hablaban y reían al otro lado de la calle. Yo, solo, apretaba mi fusil contra el cuerpo, manos sudorosas, ojos en la alambrada, en mi familia. Y los ladrillos tic tac tic tac.

Dieron las tres. La gente pasaba, nos miraba, otros no, con sus vidas, sus hijos cogidos de las manos, siguiéndolos con sus pasitos cortos, mis compañeros reían, todos en sus mundos, todos indiferentes a mi batalla.

Por el otro lado de la alambrada apareció un furgón negro. De él se bajaron algunos policías. Hablaban con los transeúntes, algunos miraban en mi dirección. A

pesar del calor, un escalofrío me recorrió la espalda. ¿Acaso ellos lo sabían? ¿Acaso podrían leerlo en mi frente, abierta como un libro? Y entonces, ¿lo sabrían también mis compañeros? Miré hacia ellos, temiendo que al ver el furgón se pusieran alerta, pero ellos no miraban al otro lado de la alambrada. Su misión era guardar este sector, no el contrario. Debíamos alejarnos de ese lado, y por ello no repararon en la extraña congregación de policías. Uno de ellos me hizo un gesto con la mano, invitándome a ir con ellos. “Aquí estarás a salvo” parecía decir. Si tan sólo fuera tan fácil, pensé.

Entonces un reloj dio las cuatro y se me acabó el tiempo. No. Los policías me habían distraído. No había tenido tiempo para tomar una decisión.

Y de repente oí a un hombre del otro lado gritar.

— ¡Ven aquí!

Y ya no lo pensé más. Cogí carrerilla y salté.

17 de agosto

Un trozo de papel bajó revoloteando del cielo. Cayó a mis pies y quedó sobre los adoquines, doblado, temblando, como un pájaro herido. Miré hacia arriba, pero las ventanas estaban desiertas. Como siempre. Recogí el papel y lo abrí.

“Número 48, tercer piso, segunda ventana, 4 en punto de la tarde.”

— ¡Alexander! —llamé, tendiéndole el papel a mi compañero—. ¡Hay otro que quiere saltar!

Alexander lo leyó brevemente.

— ¿Qué hora es? —preguntó sin levantar la vista de la dirección.

—Sobre las dos, diría yo.

—Pues hay que darse prisa— dijo frunciendo el ceño. —Cada día avisan con menos tiempo.

Me encogí de hombros.

—Tienen miedo de que los descubran.

Me dirigí hacia el coche. Llamé a la estación por la radio y pedí refuerzos para el número 48.

—Daos prisa al traer la red —añadí.

A las tres y media el número 48 de la calle Bernauer bullía con los pasos y gritos de policías y bomberos. Muchos transeúntes se habían parado a observar, algunos ofrecían su ayuda, acostumbrados al espectáculo que se desarrollaba ante ellos.

La red llegó apenas a las cuatro menos diez. Desplegamos la inmensa lona blanca bajo la segunda ventana del tercer piso.

—Estas cosas cada día pesan más —resopló Alexander a mi lado, mientras agarraba el borde de la lona con nudillos blancos.

—Cada vez son más grandes, por si acaso. No quieren que vuelva a pasar como en el número 20.

Alexander arrugó la frente.

— ¿Murió al final?

Me encogí de hombros.

—Se lo llevaron al hospital. Pero dicen que se destrozó la cabeza contra la acera.

“No creo que durase mucho” pensé, mientras un escalofrío me recorría la espalda, pero no lo dije.

El policía que sostenía la red a mi lado se giró hacia nosotros.

—He oído que lo operaron y sigue vivo. Dicen que vivirá.

Un sentimiento de alivio me inundó. Una pequeña victoria. Esos días las necesitábamos.

Miré a la ventana vacía. Un tercer piso no debería dar problemas, pero desde el número 20 todos teníamos los nervios a flor de piel. Hasta ese día las redes habían funcionado a la perfección. Más de 30 personas habían saltado a la libertad y habíamos salvado a todas. Habíamos aplaudido y vitoreado a los fugitivos, y los transeúntes nos habían aplaudido y vitoreado a nosotros. En las televisiones, en las radios hablaban de nosotros, de nuestra dedicación, de nuestra solidaridad.

Y entonces se nos había caído uno. Habíamos fallado. Yo no había estado en el rescate del número 20, pocos habían estado, pero igualmente cayó como un jarro de agua fría, no solo para el cuerpo de bomberos y de la policía, sino para toda la ciudad. Nadie exigió responsabilidades. No había nadie en este sector para exigir las, y de todas formas nadie sabía hasta qué punto los bomberos debíamos responsabilizarnos. ¿Estábamos cumpliendo nuestro deber, estábamos cometiendo actos de rebeldía al ayudar a fugitivos, era nuestra obligación, era nuestro derecho? Nadie sabía qué pensar, nadie sabía nada. La situación había cambiado tan rápido, de forma tan repentina, la noticia había salido serpenteando por los altavoces de las radios, un martillazo en nuestras vidas a medianoche. Y nosotros aun habíamos tenido

suerte. No podía imaginar lo que sería estar al otro lado. Pero como decían los noticieros y los diarios, los bomberos y la policía de este sector enseguida se habían adaptado a la nueva situación y hacían todo lo que podía para ayudar a los fugitivos, en un ejemplo de solidaridad y humanidad para el mundo entero. No cabía en mi uniforme de orgullo.

Y entonces casi se nos había matado uno.

Solo esperaba que quien fuera a saltar apuntase bien y no cayese encima de la maldita acera. No soportaría ver a cincuenta policías y bomberos aquí con una red gigante y los sesos del pobre hombre desparramados sobre la acera. No sería culpa nuestra, nosotros sujetábamos la red, nosotros estábamos bajo la ventana, nosotros cumplíamos con nuestra parte de la fuga. Nosotros no podíamos hacer más, y por ello la culpa no sería nuestra. ¿O sí lo sería?

Me miré los nudillos blancos sujetando la lona. ¿Cuántos metros debía medir? La lona blanca amarilleaba, pero seguía viéndose terriblemente clara al lado de nuestros uniformes negros. Debíamos parecer una bandada de cuervos, todos alrededor de la red, esperando a nuestra presa.

Todos los cuervos mirábamos hacia la ventana, todas las cabezas con sus sombreros relucientes echadas hacia atrás. Para los transeúntes sería cómica la vista de estos cuervos que al día siguiente tendrían dolor de cuello. Mirábamos la ventana, pero seguía vacía. Ya eran las cuatro. Un sentimiento de intranquilidad empezó a aflorar en mi estómago. ¿Y si la policía lo había descubierto y lo había detenido? El pensamiento cayó como una piedra en mi estómago. Hace tiempo que aprendí que sus derrotas son nuestras derrotas y sus victorias nuestras victorias.

De repente la ventana se abrió y un bulto cayó por la ventana. El corazón me pegó un brinco y muchos gritaron, pero sobre la red sólo cayó una bolsa de viaje marrón, que parecía a punto de reventar. Apenas se notó su impacto sobre la lona. Todos alzamos la cabeza, expectantes.

Una cabeza con pelo rizado se asomó por la ventana y al vernos sonrió. Era una mujer rubia que debía estar en los cuarenta. La mujer se subió, vacilante, al alféizar de la ventana. Yo contenía el aliento, y podía jurar que Alexander también. Casi podía jurar que todos los que sosteníamos la red conteníamos el aliento mientras la mujer se sentaba en el alféizar, piernas colgando sobre el vacío, esperando a que saltase. Pero ella no saltaba. Simplemente permanecía allí, medio suspendida en el vacío. ¿Tendría miedo ahora?

— ¡Señora, puede saltar sin miedo! ¡Nosotros la cogemos con esta red! — Gritó un policía hacia la ventana — ¡Ya hemos ayudado a muchos otros antes que usted, puede saltar sin miedo a la libertad!

No sabía si la mujer podía oírlo, pero seguía sin saltar. Las manos se me estaban quedando en carne viva de agarrar la lona. Y pesaba. Cada segundo pesaba más. Me invadió el mismo miedo que el primer día que acudí a un rescate, cuando creía que la red se me escurriría entre los dedos y dejaría caer al pobre abuelo que me miraba, esperanzado, desde un cuarto piso.

Sentía las gotas de sudor caer por mis sienes. La mujer se inclinó un poco hacia delante y todos agarramos la lona con más fuerza, pero justo cuando creíamos que iba a dejarse caer, se echó para atrás. Asentía con la cabeza y entonces me pareció ver que movía los labios. ¿Estaba hablando con alguien?

El policía volvió a gritar.

— ¡Señora, puede usted saltar sin miedo!

Y por fin se dejó caer.

19 de agosto

Han dicho que van a tapiar las ventanas.

No me extraña que lo hagan. En esta calle la gente huye al oeste en cuanto puede. Marie saltó desde la ventana de al lado hace dos días. Yo tenía miedo por ella. Hace unos días, los bomberos no llegaron a coger a un hombre que se lanzó desde el cuarto piso. Me han contado que dijeron por la radio occidental que lo llevaron al hospital y sigue vivo, pero nuestras autoridades afirman tajantemente que murió. No sé a cuál creer. Ambos tienen tantas razones para mentir.

Al principio, Marie intentó convencerme de que me fuera con ella.

— Ida —me dijo—. Vas a cumplir 59 años, y hay mejores lugares donde cumplirlos.

Me miraba con esa mirada seria suya, esa que es capaz de mover montañas, de convencer a cualquiera. Pero no a mí aquel día.

— Yo ya soy vieja para estas cosas, Marie —. Vete tú, que aun eres joven.

Fue la excusa más pobre que pude inventar. Pero lo cierto es que tenía miedo. Tenía miedo de saltar, y de la caída. Pero Marie creía que yo era una mujer valiente, y yo quería que se fuera pensando que aún lo era. Supongo que por eso me pidió que estuviera con ella cuando saltase, porque ella también tenía miedo.

Mientras Marie hacía el equipaje, decidiendo qué se llevaba al futuro, qué dejaba atrás para siempre, yo escribí la nota. A las dos pasó una pareja de policías por la calle. Abrí la ventana, dejé caer el papel y rápidamente la volví a cerrar. El trozo de papel bajó revoloteando del cielo. Cayó a los pies del policía más bajo y quedó sobre los adoquines, doblado, temblando, como un pájaro herido. El policía miró hacia arriba, sin saber de qué ventana había caído. Se agachó y lo recogió, y luego se lo tendió a su compañero.

Me alejé de la ventana, satisfecha tras haber cumplido mi cometido y pasé al piso de Marie. Ella estaba de espaldas cuando entré, las manos en las caderas, con ese vestido azul de flores que la hacía parecer tan pequeña. Estaba mirando la foto de Hans. No me oyó entrar y me quedé en la puerta, muy quieta, pensando en cómo sería irme, dejarlo todo atrás, la casa donde había vivido durante tantos años, la casa donde había pasado toda la vida con Otto.

Pero Otto no estaba, ni Hans tampoco, y las fotografías se podían llevar en una maleta a un futuro mejor.

— Marie — cuando se giró hacia mí lucía su mejor sonrisa, pero yo había alcanzado a ver su cara triste—. La policía ya lo sabe.

—Bien, bien. Perfecto —se retorció las manos, nerviosa, mientras sus ojos recorrían la habitación, preguntándose qué más llevarse, si estaba olvidando algo importante, si no debería coger esto también, si no le cabría lo otro en la bolsa de viaje.

Cuando la vieja bolsa estaba tan llena que no cabía ni un alfiler más, le ayudé a cerrarla y miramos el reloj. Las tres. Una hora más y Marie sería libre.

Esa hora fue la peor. Nos sentamos en el salón, esperando, mirando nerviosas el reloj, urgiéndole con la mirada a que fuera más deprisa. Pensaba que en cualquier momento la policía entraría y nos detendría, y sé que Marie también lo pensaba. Pero no solo por eso tenía yo el corazón en un puño. No podía dejar de pensar en aquel hombre que se lanzó al vacío y cayó sobre la acera. He visto muchos hombres destrozados en los hospitales a lo largo de mi vida, y no podía dejar de pensar si no estaría ayudando a Marie a acabar igual. Dudé de lo que estábamos haciendo.

—Marie... —comencé, al ritmo del tic tac del reloj. Ella me miró. El brillo determinado que había vestido horas antes había desaparecido y sólo quedaban unos ojos llenos de angustia. Entonces decidí ser la mujer valiente que ella había llamado a su puerta—. Cuando estés allí, no te olvides de buscar a Lara. Ella te ayudará.

Marie asintió y una mirada esperanzada acudió a su rostro. La angustia se desvaneció levemente y sentí que había cumplido mi misión. El hombre seguía allí, con la cabeza destrozada sobre la acera, muerto junto a los policías, curándose en el hospital. Lo espanté pensando en el brillante futuro de Marie, en todo lo bueno que la esperaba una vez saltase.

Y de repente el reloj dio las cuatro. Me levanté como activada por un resorte, Marie se levantó despacio, como una anciana. Le sonreí.

—Vamos. Te estarán esperando.

La cogí de la mano y la guié hasta la habitación de al lado. Ella temblaba un poco. Me controlé para que mi mano pareciese firme y segura. Miré por la ventana de la habitación. Abajo, una maraña de cascos y uniformes negros rodeaba una gran red blanca que parecía cubrirlo todo. Suspiré aliviada. Cogerían a Marie.

—Mira —señalé a Marie. Cuando ella los vio, mostró una débil sonrisa.

—Vamos a avisarlos para que se preparen.

Cogí la bolsa de viaje, que pesaba como un muerto, abrí la ventana y la lancé. Cayó a salvo sobre la lona, y todos los policías se pusieron alerta, mirando a la ventana.

—Marie. Te toca.

Ella se asomó, y al ver la libertad tan cerca sonrió. Podía ver como cobrara fuerzas y confianza poco a poco. Le ofrecí mi mano para ayudarla a subirse a la ventana. Ella la cogió, con los ojos llenos de gratitud y me la apretó, como si quisiera que le infundiera las últimas fuerzas que necesitaba para saltar. Le devolví el apretón.

—Gracias —murmuró.

—Gracias a ti — le dije a la mujer que había sido la hija, la hermana, la sobrina que nunca tuve.

Pero cuando la vi subirse al alféizar, con las inseguras piernas tambaleándose, me pregunté “¿Qué estoy haciendo? Voy a conseguir que se mate”. Miré hacia abajo, a los policías que se arremolinaban en torno a la lona blanca. “Por Dios bendito, no la dejéis caer”.

Marie se sentó en el alféizar, y al mirar hacia abajo, sus ojos se agrandaron. De repente el mundo parecía tan grande, el suelo tan lejano. Pero las dos sabíamos que ya no había vuelta atrás. Vi como sus dedos agarraban fuertemente el borde del alféizar, por un segundo empezaron a soltarse, pero volvió a agarrarse de nuevo.

Desde abajo nos llegó la voz de un policía:

— ¡Señora, puede saltar sin miedo! ¡Nosotros la cogeremos con esta red! ¡Ya hemos ayudado a muchos otros antes que usted, puede saltar sin miedo a la libertad!

Marie suspiró, los nudillos blancos de agarrar el borde del alféizar.

—Ida... —parecía que volvía a tener diez años, una niña asustada contra el mundo que se volvía loco—. ¿Y si no me cogen?

—Te cogerán —¿estaba yo mintiendo? Por Dios, cogedla—. Y allí fuera se acabarán las cartillas que tanto odias y serás libre para ir a donde quieras. ¿No dijiste siempre que querías ver París? Busca a Lara, ella te conseguirá trabajo, y cuando hayas ahorrado lo suficiente, ve a París.

Ella se rió como una niña, una niña valiente que estaba a punto de lanzarse desde un tercer piso.

—Ahorrar. Menudo privilegio —lo triste era que no había ni asomo de sarcasmo en su voz. Me miró una vez más de refilón, sin atreverse a girarse del todo—. Ida, ¿por qué no vienes conmigo? Lara es tu amiga, buscaría trabajo para ti también.

Sacudí la cabeza. Ya era tarde para que ella no saltase, y ya era tarde para que yo lo hiciera.

—Vete tú.

—Ida...

El policía volvió a gritar.

— ¡Señora, puede usted saltar sin miedo!

Concilié una sonrisa que ella no podía ver pero sí oír.

—A lo mejor, en un futuro, iré yo también.

Ella asintió, soltó las manos, y se lanzó al vacío.

Por un momento fue como si se me escurriese entre los dedos, como si yo la hubiera dejado caer.

Pero entonces aterrizó a salvo sobre la red. Pude oír su risa cuando se vio a salvo. Los policías y bomberos la dejaron en el suelo, la rodearon preguntándole si estaba bien, una marea de caballeros dispuestos a ayudar a la dama que había escapado desde un tercer piso. La gente que se había parado a mirar el espectáculo vitoreaba y aplaudía. Marie estaba exultante, reía de alegría. Antes de que la marea negra la rodease, miró hacia mi ventana. En ese momento una oleada de arrepentimiento y envidia me invadió. Ojalá hubiera saltado con ella. Pero los bomberos y policías ya habían dejado la red en el suelo y escoltaban a Marie hacia su nueva vida. Así que le sonreí de vuelta, cerré la ventana y volví a mi piso. Al fin y al cabo, vivía en la calle Bernauer. Solo tenía que escribir un papel, arrojarlo por la ventana y luego saltar yo también. Y sería tan libre como Marie.

Pero ahora dicen que van a tapiar las ventanas. En el fondo lo sabía. Sabía que esto no podía durar mucho. En este sector no son idiotas. Pero yo tampoco lo soy, y sé lo que eso significa. Que se me acaba el tiempo. Que apenas me quedan días para cumplir lo que le dije a Marie. Que si quiero irme, es ahora o nunca.

Recuerdo al hombre del número 20, sus sesos desparramados sobre la acera que nunca vi, y entonces pienso en Marie, en cómo cayó sobre la lona, con gracia, como si fuera una pluma. Pero Marie tiene 20 años menos que yo, y el tiempo pasa factura. ¿Podría yo saltar igual que ella?

Suspiro y me muerdo el labio mientras friego los platos. Ahora o nunca. Pienso en Marie pidiéndome que me fuera con ella, pienso en Lara, que hará lo imposible por

conseguirme trabajo como enfermera en su hospital. Pienso en Marie. ¿Acaso no soy la mujer valiente que ella siempre creyó que era?

Un plato se resbala del fregadero y se rompe en mil pedazos contra el suelo. Me quedo mirándolo, los guantes goteando sobre las baldosas de la cocina. ¿Y si me rompo yo así al aterrizar contra la acera?

El 23, me digo mientras me agacho a recoger los pedazos. En mi cumpleaños saltaré.

El día 20 se desliza, perezoso, mientras lucho una batalla contra mi ropa, mis muebles, mis habitaciones, los platos, la fotografía de Otto. Encuentro un saco para poner mis cosas en él, pero permanece abierto sobre el sillón, indeciso, vacío.

Y el día 21 despierto con gritos en los pisos de abajo. Me visto apresuradamente y salgo al descansillo, donde los voces de los vecinos se entremezclan, indignadas, perplejas, curiosas, resignadas.

— ¿Qué sucede?

—Están enrejando las ventanas de los pisos de abajo. Dicen que mañana subirán aquí.

Doy las gracias por la información, me meto en casa y me empieza a entrar el pánico. Ya no tengo tiempo. Sí, Ida, sí que tienes tiempo. Hasta mañana. De repente las horas parecen terriblemente cortas. Empiezo a llenar el saco vacío, poco a poco, dolorosamente, llevando a cabo ese desgarrador proceso de seleccionar qué es lo suficientemente importante y qué no lo es.

A media tarde recuerdo la nota. Escribo la dirección con pulso tembloroso, pero cuando debo escribir la hora, vacilo. ¿Qué hora poner? No puedo saltar por la noche,

pero en escasas horas oscurecerá. No hay tiempo para saltar hoy. Mañana. Mañana a primera hora saltaré.

Escribo un esmerado “día 22, 9 en punto de la mañana” en el papel. Luego, como la letra parece nerviosa y desmañada, y temo que no se entienda, rompo el papel y escribo de nuevo, con letra grande, clara y limpia. Hago dos notas más hasta quedar satisfecha con el resultado.

Me dirijo a la ventana, y cuando veo pasar los uniformes, tiro la nota. Veo cómo la recogen, miran arriba, siguen su rutina. Hoy no hay prisa. Hoy tienen tiempo hasta mañana. Recuerdo las horas de incertidumbre con Marie, esperando que fuera el momento de saltar, esperando a oír golpes en la puerta y los uniformes de la policía que vienen a detenernos. Yo tendré que esperar toda la noche con ese nerviosismo en el estómago, ese puño que me ahoga y no me deja respirar.

Intento alejar el pensamiento de la policía llamando a mi puerta, pensar en cómo será todo una vez haya saltado, cómo será todo con Lara, con Marie, con mi tarta de cumpleaños recubierta de libertad. Pero entonces recuerdo al hombre que también saltó pensando en un mundo mejor y se destrozó contra la acera. Dios mío, seguro que murió.

Decido irme a dormir pronto, esperando que el sueño espante pensamientos tan oscuros, pero la oscuridad solo alimenta las pesadillas. Cuando por fin consigo dormirme, sueño que me detienen, que detienen a Marie, que salto y no llego nunca a la red, que cuando voy a saltar me detienen, que salto y la red se abre bajo mis pies, que caigo y caigo y nunca llego al suelo. Pero también sueño que me quedo, que veo el mundo a través de los barrotes de mi ventana, que ponen rejas también en mi puerta

y convierten mi piso, la casa en la que viví con Otto durante más de veinte años, en una ratonera.

Despierto a las seis, abrazada todavía por casas enrejadas y caídas infinitas. Tres horas más y todo habrá acabado. Para bien o para mal. Me levanto, me visto, despacio, intentando alargar el tiempo. Pienso en desayunar, movida por la costumbre, por la rutina de todos los días, pero siento que no puedo probar ni un bocado. En ese momento echo de menos a Marie, a alguien, alguien que no me deje sola, que llene el vacío de estas horas de miedo e incertidumbre. Camino por el piso, inquieta, revisando los cajones, los armarios, pasando la vista por cada objeto que he visto a diario durante treinta años y que ya no veré más. Ayer el reloj parecía haberse enzarzado en una carrera consigo mismo, hoy parece que se ha roto.

La angustia y los nervios se instalan en mi estómago y cada vez laten más rápido. ¿Y si los policías y bomberos se han olvidado de mi nota y no hay nadie para recogerme? ¿Y si vienen antes de las nueve a enrejar las ventanas? ¿Y si me sucede como al hombre del número 20? ¿Y si no vuelvo a ver a Marie? ¿Y si, y si, y si...?

Pero supongo, como Marie, que ya es tarde para echarse atrás. De alguna manera, los minutos se arrastran y las horas pasan. A las ocho me asomo a la ventana. Por la calle caminan los transeúntes, ajenos al espectáculo que tendrá lugar en apenas una hora. Algunos se detienen a mirar las ventanas enrejadas, sacuden la cabeza, miran al suelo apesadumbrados, o continúan su camino indiferentes. De momento no hay ni rastro de policías ni bomberos.

A las ocho y media empiezan a llegar los coches. Al principio aparecen de dos en dos, bajan de los coches con sus cascos relucientes y sus uniformes negros como el carbón, luego llega un camión y una multitud de bomberos se baja de él. Sonríe y

el latido inquieto de mi corazón se calma levemente. No estoy sola. Quiero saludarlos por la ventana, gritarles que estoy aquí, pero no la abriré hasta que no sea la hora de saltar.

Y entonces oigo voces de hombre en las escaleras. El alma se me cae a los pies y mi corazón se dispara. No puede ser. No ahora. Oigo como llaman a las puertas. Llaman a la de los Schmidt, a la de Felix, y entonces ¡poum! ¡poum! ¡poum! ¡Policía! Los latidos de mi corazón igualan los golpes en la puerta. Me quedo quieta, inmóvil, petrificada, sin saber qué hacer. ¡Poum! ¡Poum! ¡Poum! Una voz de hombre me pide que abra a gritos.

El miedo se cuela por debajo de la puerta, se arrastra por el suelo y me trepa por las piernas como zarzas heladas. ¿Qué hago ahora? ¿Qué hora es? Apenas han pasado las ocho y media. Media hora para saltar. Media hora, pero los policías y bomberos ya están abajo.

¡Poum! ¡Poum! ¡Poum! La voz se vuelve agresiva, enfadada, colérica. Es ahora o nunca.

Abro la ventana de par en par y lanzo un grito. Oigo voces y pasos apresurados pisos abajo. Corro a coger el saco con mis cosas, y el policía a mi puerta da un ultimátum.

Arrojo el saco por la ventana y cae de cualquier manera sobre la acera. Los bomberos están sacando la red del camión. Se me cae el alma a los pies. Todavía no están preparados. Y yo tengo que saltar ya.

La gente en la calle se ha parado a mirar. Oigo golpes en mi puerta, cómo la intentan echar abajo. Me subo al alféizar de la ventana, me siento sobre él como hizo Marie. Abajo la gente grita, horrorizada, que no salte, que espere, que los bomberos

aun no están preparados. Un policía (¿el mismo que le habló a Marie?) me grita que no salte todavía, que tienen que desplegar la lona.

Yo quiero gritarles que no puedo esperar. Más golpes y oigo el ruido de la madera al quebrarse. Mi puerta, pienso, no toquéis mi puerta. Mi puerta y la de Otto. Los bomberos han traído la red bajo la ventana, se pelean con la enorme lona para desplegarla. Daos prisa, por el amor de Dios. Creo que el corazón se me va a salir del pecho. No puedo esperar más.

Entonces oigo el ruido de la puerta al caer contra el suelo del piso y el ruido de pasos y gritos que invaden mi casa. La puerta de mi habitación se abre de un violento portazo, un hombre de negro aparece en el umbral, me ve en la ventana, me grita que pare, me apunta con su fusil.

Y yo salto.

22 de agosto

No hemos abierto la red a tiempo.

No voy a poder olvidar ese sonido. El sonido que ha hecho al caer, el sonido que han hecho sus huesos al romperse.

Allí estábamos todos los cuervos, con una red enorme, cuando la mujer se ha dejado caer y se ha estrellado contra la acera. Y he entendido que la culpa sí era nuestra.

He gritado, furioso, desesperado, cuando la he visto saltar desde el alféizar. ¿Por qué ha saltado? No habíamos abierto la red, no estábamos preparados. ¿Por qué no nos ha dejado tiempo para salvarla? Entonces los policías soviéticos se han

asomado por la ventana, apenas segundos después de que la pobre mujer saltara, y todos hemos comprendido.

Nos gritan y les devolvemos los gritos, furiosos, mientras algunos bomberos corren junto al cuerpo de la mujer. Alguien grita, pidiendo una ambulancia. Increíble. Sigue viva. Igual que el hombre del número 20. Son duros estos del este.

La cogen entre cuatro bomberos, y no entiendo cómo pueden alzar ese frágil cuerpo descoyuntado sin acabar de romperlo. Pero de algún modo lo consiguen, la meten en el camión de bomberos y se la llevan al hospital.

Cuando el sonido de las sirenas se disipa en la distancia, el silencio cae, pesado, asfixiante, sobre la calle. Policías y bomberos no nos atrevemos a mirarnos, no sabemos qué decirnos. Los transeúntes no saben cómo reaccionar. Esperaban un rescate maravilloso, vitorear a sus héroes, y solo se han llevado el chasquido de los huesos al quebrarse. Algunos miran al suelo, otros no pueden apartar la vista del lugar donde ha caído. Otros se alejan, tal vez afectados por un día, tal vez por un año, tal vez ya indiferentes. Una mujer llora con la mano sobre la boca, mientras un hombre con traje marrón trata de consolarla. Poco a poco la calle se vacía y solo quedamos nosotros, los cuervos.

El silencio amortaja la calle. Cuando por fin nos atrevemos a mirarnos, las miradas son culpables, acusadoras. ¿De quién ha sido la culpa? ¿Quién fue más lento de lo que debía serlo? ¿Quién no estaba en su puesto, quién no cumplió su función, quién no fue lo suficientemente rápido, quién, quién, quién...?

No osamos mirarnos a la cara. Poco a poco los policías se van en sus coches por parejas, los bomberos piden más vehículos, todos van dejando la escena del crimen. Todos huimos del fantasma de la mujer del número 48. Me dirijo al coche con

Alexander, pero miro el reloj y veo que son las nueve. Las nueve. Miro hacia la ventana y me parece ver a la mujer sentada sobre el alfeizar, esperando a saltar sobre una lona que no está ahí. Chas. Los huesos sobre la acera.

El viento arrastra hojas y papeles. Forman remolinos sobre las aceras, sobre la calzada. Una hoja de periódico vuela, solitaria y medio rasgada, y se choca contra mis piernas. No distingo las letras negras ni la fotografía, pero sé que en alguna parte de esos periódicos hay líneas y líneas alabándonos, predicando nuestra labor, presentándonos como los héroes de esta ciudad. Líneas y líneas.

Recojo la hoja de periódico y la sepulto en la basura más cercana. No las merecemos.

15 de agosto

Cuando vi al centinela saltar la alambrada, disparé. Puedo decir con orgullo que fue el mejor disparo que hice en mi vida.

El soldado había estado allí de guardia las dos últimas horas, con sus compañeros. Yo estaba al otro lado del espino y vi cómo permanecía solo, cómo movía los pies, nervioso, cómo su mirada oscilaba entre la alambrada y la gente que caminaba por las aceras. Sospeché de él y esperé a ver qué tramaba.

— Peter, ¡vámonos ya! — me gritó Thomas, medio subido al coche. Supongo que no entendía que hacía allí, deambulando por la calle sin rumbo fijo, volviendo sobre mis pasos y sin quitar la vista del otro lado.

—¡Espera un poco más! —le grité yo.

Thomas miró al cielo, exasperado.

—¿Cuánto?

—Lo que haga falta —murmuré.

El centinela miraba de nuevo la alambrada que debía estar protegiendo. Parecía preocupado, tenso, daba golpecitos con el dedo a la culata de su fusil. “Te veo”, pensé. “Te veo y sé lo que pretendes. Y yo también tengo un arma”. La aferraba fuertemente entre mis manos, listo para disparar en cuanto sucediese lo inevitable.

Veía como el soldado se debatía. “Ven aquí” pensé con todas mis fuerzas, “hazlo”, como si así pudiera hacerlo decidirse. Llevaba semanas sin un buen disparo, pero sentía que esta podía ser mi oportunidad. Yo lo percibo. Percibo los momentos previos, los gestos imperceptibles, los detalles minúsculos que anuncian un gran momento. Y los pies nerviosos del soldado lo anunciaban. Pero dudaba, veía como dudaba, y yo necesitaba que saltase para poder disparar por fin.

Tal vez necesitaba algo de apoyo.

—¡Thomas! —grité. Thomas alzó la cabeza desde el asiento delantero, esperanzado, creyendo que lo llamaba para irnos. Iluso. Me acerqué a la ventanilla bajada —. Necesito que avises a la policía. Creo que el soldado de ahí va a saltar.

—¿Cuál? —preguntó, estirando el cuello para ver mejor.

—El de la esquina, el que está solo.

No tardaron mucho en llegar. En cuanto saben que uno del otro lado quiere huir, sobre todo si es un policía o un soldado, acuden como moscas. Me coloqué frente al soldado, cerca de la alambrada. No me importaba cuantas moscas hubiera, el primer disparo era mío.

El centinela empezó a mirar, inseguro, hacia los policías que se reunían sobre la acera. Algunos entablaron conversación con los transeúntes, otros miraron al fugitivo indeciso. Él miró, preocupado, a sus compañeros, tal vez temiendo que la llegada de los agentes lo delatase. Pareció aliviado al ver que ellos daban la espalda a la alambrada. Quise reírme. ¿Qué esperabas? Los guardias de vuestro lado nunca se dignan a mirarnos. Siempre nos ignoran, nos dan la espalda, como si tuviésemos la peste, como si en cualquier momento fuéramos a agarrarlos y a traerlos por la fuerza a nuestro mundo. Sacudí la cabeza. Idiotas. Si querían quedarse, peor para ellos.

En ese momento un reloj dio las cuatro. El soldado se puso tenso, desesperación en la mirada. ¿Qué sucedía? Entonces vi como los demás centinelas se incorporaban y se disponían a marcharse. Cambio de guardia. Mierda.

Vi al soldado dudar y mi oportunidad de disparar.

— ¡Ven aquí! —grité a pleno pulmón.

El soldado no me miraba, pero me oyó. Entonces se giró hacia la alambrada y echó a correr. Yo alcé la cámara y cuando saltó, disparé.

No fue el mejor salto que hubiera visto, ni uno muy alto, ni siquiera fue elegante. Perdió el fusil al pasar sobre la alambrada, o lo dejó caer para entrar sin armas quién sabe. Pero a la gente eso no le importaba, y aplaudían al soldado que había escapado hacia la libertad y se reunía con ellos, aquel soldado que había desafiado alambradas y telones de acero por los más altos ideales y con apenas un salto de medio metro había vencido. Yo también aplaudí hasta dejarme las palmas en carne viva. Por fin había conseguido mi disparo y sabía, por los eufóricos aplausos, que sería una gran fotografía.

El centinela fugitivo fue conducido al furgón por uno de los policías. Alcancé a ver la cara exultante del soldado que creía que había llegado al Paraíso, y quise ir a darle las gracias por el sublime disparo, pero la puerta se cerró antes de que pudiera acercarme.

El coche se alejó mientras la gente continuaba aplaudiendo y vitoreando y dando salvas al preso liberado. Después de él vinieron más, muchos más. Algunos se retorcieron entre las alambradas, otros se arrastraron bajo ellas, unos cuantos se jugaron la vida saltando desde quintos pisos. Pero ninguno fue tan aplaudido como el soldado que saltó medio metro de espino y que fue atrapado por mi cámara.

Él fue el primero.

21 de agosto

Dejo el plato de patatas frías sobre la mesa, con un fuerte “clang”, corro a la puerta y abro, con miedo, esperanzada. Pero el hombre que espera tras la puerta no es un policía taciturno, ni tampoco Max con su camisa de rayas.

Es Oskar, su hermano. Taciturno.

—Max no vino anoche —digo, antes incluso de invitarle a pasar—. ¿Sabes qué le ha pasado?

Oskar me mira, asombrado.

—¿No lo sabes? —parece dudar, de pronto se ha convertido en el mensajero de las malas noticias. No quiere ser el responsable de soltar la bomba, pero finalmente me mira a los ojos y aprieta el gatillo—. Se ha ido al oeste.

Miro las palabras que han salido de su boca y han quedado suspendidas en el aire, flotando en el descansillo, sin entenderlas. Y entonces el mundo se derrumba.

Solo veo los tablones grises del suelo del descansillo, las grietas en la madera, pienso en las patatas, que lo esperaron y lo esperaron y lo esperaron, hasta quedarse frías.

—¿Cómo? —pregunto, sin alzar la vista.

—No lo sé. Esta mañana... esta mañana he encontrado una carta en el buzón. Debió echarla él mismo —mira al suelo, no sabe cómo hacer esto. Así que lo hace sin rodeos, directo al corazón—. Decía que había visto su oportunidad y no había podido dejarla pasar. También ha dejado una para ti.

Extrae un sobre amarillo y arrugado del bolsillo y me lo tiende. Lo cojo entre los dedos, mirándolo con ojos muy abiertos, como si fuera un objeto de otro mundo.

Oskar suspira y mira las escaleras.

—Yo debo irme. Ya sabes cómo se ponen si llegas tarde.

Está a punto de irse, pero me mira, dubitativo. Parece que se siente culpable por dejarme sola entre las ruinas. Finalmente me coloca una mano en el hombro y me da un apretón, los ojos llenos de cansancio y tristeza.

— Lo siento, Margarethe.

Asiento, lejos de este mundo, y poco a poco el sonido de sus pisadas se desvanece. Sigo allí, de pie, mirando la carta, sin saber qué hacer con el extraño objeto que han dejado entre mis manos.

Pisadas bajando por las escaleras me despiertan del limbo. Agarro el sobre con fuerza, me meto en casa y cierro la puerta. Me siento en el sillón, mientras las patatas observan, frías, desde la mesa de la cocina. Las manos me tiemblan, sin saber si deben abrir el sobre. Max, ¿qué has hecho?

El piso parece enorme, gigantesco. Sólo se oye el tic tac del reloj. Impasible. Max me mira, sonriente, como si no hubiera hecho nada malo. Y la rabia me bulle en las venas. ¿Cómo has podido, Max? Teníamos un acuerdo. Ya sé que a veces ninguno de los dos quería estar aquí, ya lo sé, ya sé que no soportabas las patatas frías, que no soportabas el tic tac del reloj, ni el perfecto orden de esta casa, igual que yo nunca soporté las camisas a rayas.

Pero teníamos un compromiso, un compromiso que luce en tu sonrisa a blanco y negro y en mis ojos brillantes tras las flores, y siempre cumplimos con nuestra parte. Porque este piso es demasiado grande para una sola persona, porque yo soy una gran cocinera, incluso cuando no hay gran cosa, y tú siempre llegas cansado del trabajo. Por eso siempre cumplimos. Hasta ahora.

Rompo el cierre del sobre, con rabia. ¿Cuál es tu excusa, Max? Desplego la hoja doblada, furiosa, esperando hallar una excusa, una despedida, un remordimiento. Pero solo encuentro tres palabras:

“Volveré a buscarte”.

26 de agosto

Me recoloco la corbata ante el espejo. Suspiro. No puedo mejorarlo ya.

He cambiado mi uniforme de cuervo por un traje de cuervo, un traje negro de mi padre con una corbata azul. Han dicho que está viva. Lo dijeron el otro día fugazmente por la radio, deprisa, como si no quisieran darle importancia, pero lo dijeron. He decidido ir a visitarla. Tal vez estoy loco, pero creo que la mujer del número 48 se merece una respuesta.

Por el camino compro flores. Alexander diría que estoy loco. Pero supongo que es más fácil declararse culpable tras un escudo de flores. Cuando llego al hospital, pregunto por la señora Siekmann. La mujer tras el mostrador de la entrada acude a mirar unos registros.

—Lo sentimos, no hay ninguna señora Siekmann en este hospital.

Ladeo la cabeza, extrañado.

—¿Está usted segura? La trajeron hace unos días, estaba muy malherida. Creo que la operaron de urgencia.

Ella vuelve a mirar el registro durante un segundo y alza la cabeza de nuevo.

—Lo siento, señor —repite— pero debe estar mal informado. Aquí no hay nadie bajo ese apellido.

Me alejo del mostrador, perplejo. Tiene que estar aquí. Cuando se la llevaban, oí que los bomberos gritaban el nombre del hospital Lazarus. Tampoco tiene sentido que la hubiesen llevado a otro. Este es el hospital más cercano a la calle Bernauer. La chica del mostrador debe estar equivocada.

Así que decido investigar por mi cuenta. Pregunto a médicos, enfermeras, personal de limpieza. Pero nadie sabe contestarme. Les doy su nombre, la describo como puedo, les cuento quién es ella. La señora que saltó desde el cuarto piso de la

calle Bernauer. Nada. Les digo el día en que llegó, les hablo de los bomberos, pero nadie sabe nada.

Estoy a punto de darme por vencido cuando un conserje al que pregunto si sabe algo se pone nervioso, mira hacia otro lado y se va murmurando excusas. No entiendo nada, pero algo sucede. ¿Por qué nadie sabe nada?

Paseo las flores de un lado a otro del hospital, al final ya vagando sin rumbo, pasando ante las puertas de las habitaciones, mirando de reojo por si la encuentro. Las paredes grises se ciernen sobre mi ramo y lo marchitan. Los gemidos y el olor a antiséptico tampoco le hacen ningún bien. No puedo seguir así mucho tiempo más. Un par de enfermeras me han mirado ya con aire de sospecha. ¿Pero dónde está Ida Siekmann? ¿Por qué parece que esta mujer se haya desvanecido, como si nunca hubiera existido?

Mi ramo cada vez está más mustio. Mis flores languidecen esperando a Ida. Tiene que estar en alguna parte de este hospital. Empiezo a recorrer otro pasillo cuando veo a una enfermera que viene hacia mí con paso decidido y mirada de acero. Me va a echar. Estoy a punto de darme la vuelta e ir hacia otro lado cuando me interpela, con esa mirada que podría forjar espadas.

—He oído que anda buscando a Ida Siekmann.

Asiento, no sé si para bien o para mal.

—¿Es usted un familiar?

—Un amigo —respondo, preguntándome si esta señora sabrá leer la mentira en mi frente—. Le traigo flores —añado, escudándome tras el ramo, como si eso fuera explicación suficiente.

Pero las flores parecen dulcificar a la enfermera. Sus ojos se suavizan y una sonrisa afable aparece en su rostro.

—Venga conmigo, joven — por fin. Por fin alguien que admite que Ida Siekmann existe. En mi entusiasmo apenas me doy cuenta del tono de compasión de la enfermera.

Pero en vez de llevarme a una habitación, me dirige hacia una escalera de incendios. La siguiente pregunta me la hace en susurros.

—¿Quién le ha dicho a usted que Ida Siekmann está en este hospital?

—Los bomberos dijeron que la iban a traer aquí. Yo la vi saltar— añado, apresuradamente, aunque no entiendo a qué viene la pregunta—. Mire, si la han trasladado a otro hospital, dígamelo e iré a verla allí.

La enfermera me mira con ojos tristes y suspira.

—Oiga, joven, deje de buscar, váyase a casa y rece por su amiga. Es cierto que la iban a traer a este hospital, pero me temo que murió durante el trayecto. El impacto fue demasiado fuerte.

No lo entiendo. No entiendo nada.

—Pero por la radio dijeron...

—Olvídese de la radio. No todo lo que dicen por ella es cierto. Oiga, no debería estar diciéndole esto, pero como amigo de Ida creo que tiene derecho a saberlo. Ahora vaya a casa, siéntese en el sofá y siga adelante. Así están las cosas ahora y no podemos hacer nada para evitarlo.

Yo sí podía. Yo tendría que haberla cogido.

—Pero no entiendo por qué...

Ella sacudió una mano y puso los ojos en blancos.

—¿Y quién entiende por qué los políticos hacen nada? Supongo que quieren que la gente continúe huyendo del sector soviético. Buena propaganda para nosotros y mala para ellos. Y nadie quiere oír que nosotros no somos capaces de ayudar a los fugitivos, ¿cierto?

Cierto. Las flores se marchitan y resecan.

Le doy las gracias a la enfermera y me voy.

Bajo las escaleras de incendios avergonzado, triste, furioso, culpable. Tal vez cuando llegue a casa arroje la radio por la ventana. Las palabras del locutor de las noticias me resuenan en la cabeza: “La señora Ida Siekmann se encuentra afortunadamente a salvo y fuera de riesgo en el hospital, donde ha sido atendida de sus heridas y ...” ¿Y qué? ¿Y murió? ¿Y adonde no llegó? Cada escalón que bajo me recuerda que no llegué a tiempo.

Sepulto las flores en la basura a la salida del hospital. Me asalta otro pensamiento y voy sumando derrotas. Y es que, si la mujer del número 48 no sobrevivió, ¿acaso lo hizo el hombre del número 20? No lo quiero saber. Ya no quiero saber nada.

20 de junio

1998

La botella está vacía. Todavía huele a alcohol, pero ahora me doy cuenta de que en realidad lleva años vacía. Desde que tomé el primer trago en aquel bar de Berlín oeste, semanas después de saltar, minutos después de recibir la primera carta. El héroe de Berlín, esperando ahogarse, ahogar las fotos y las cartas en alcohol. Esperando ahogar el mundo y que todo se callase.

Fueron tres segundos, tres segundos en los que no pensé en nada, salvo en saltar la alambrada que me llegaba por la rodilla. Salté y ya estaba en el oeste. Apenas reparé en el fotógrafo que bajaba la cámara, solo oía a la gente aplaudiendo, los policías llevándome amablemente al coche y dándome la bienvenida a Berlín oeste, sin saber que había puesto en marcha una máquina cuyos engranajes no alcanzaba a comprender y que, con el tiempo, me aplastarían.

No mucho después me vi en el periódico. En cuanto vi la fotografía sentí un puñetazo en el estómago, un dedo acusador, un fantasma furioso y desconsolado que llevaba la cara de Lena y de mi madre y de mi padre. Pero yo seguía ebrio de libertad y de triunfo, y durante un tiempo logré ahuyentar los fantasmas, no del todo, pero lo suficiente como para seguir adelante y permitirme vestir sonrisas.

El disfraz de héroe me sentó bien al principio. Lo que empezó como una foto en un periódico local acabó convirtiéndose en una auténtica locura. Esos tres segundos en blanco me vistieron de libertad y así me presentaron los occidentales. Poco sabía yo por aquel entonces de la propaganda, y ojalá no hubiera aprendido tanto durante estos años.

Vi mi figura, mi salto al infinito, mi salto de medio metro, convertido en un símbolo, que crecía y crecía por Berlín occidental, por Alemania Occidental, tal vez por todo el mundo occidental. Una máquina llamada propaganda se encargó de ello. Hubo un tiempo en que todos sabían el nombre de Conrad Schuman, todos conocían al soldado que había saltado un alambre de medio metro y había abanderado así la libertad. Y poco a poco el disfraz se me empezó a quedar grande.

He oído de todo estos años. Que si yo era un soldado del oeste. Que si estaba todo preparado. Que si fue un montaje. ¿Y qué si lo fue? ¿Marcaría alguna diferencia? No cambiaría los cientos de berlineses que huyeron tras de mí, los soldados y centinelas que también desertaron, quien sabe si siguiendo mi estela, quien sabe si siguiendo la suya propia. Pero yo tuve la mala suerte de ser el primero.

No tardé mucho en descubrir que a las figuras históricas no se les pagan derechos de propiedad. Mi foto, mi cara, mi fusil, mi casco, mi salto, mi decisión, mi vida, puede estar en todas partes sin mi permiso. Yo no soy nada, y tampoco cobro nada. Al menos Peter Leibing, el fotógrafo que disparó a matar, tampoco se hizo rico. Estaba trabajando para una agencia. Ya lo admito sin contemplaciones: ese pensamiento me reconforta tanto como el whisky.

Los policías que tanto me habían ayudado el día que salté el muro volvieron a por mí y empezaron a preguntarme. Pero yo no tenía información privilegiada sobre el gobierno soviético, aunque ellos no lo quisieran entender. Tras horas y días de interrogatorios agotadores y paredes grises y luces deslumbrantes me dejaron ir. Creo que se arrepentían de no haber ayudado a escapar a un soldado de más alto rango que estuviera mejor informado.

El héroe de Berlín hizo lo que pudo aquellos días. Ayudó a levantar edificios, ayudó a reparar personas. Y un día llegó la primera carta de Berlín oriental. Cuando descubrí la letra de mi madre, el traje de héroe se me quedó inmenso. Cobarde, pensé. Cobarde. Desertor. Traidor.

Abrí la carta con manos temblorosas, temiendo encontrar las mismas palabras con la letra pequeña y apretada de mi madre. Pero mi madre solo me suplicaba que volviera, que no los dejara solos, que lo entendía, que no me guardaba rencor, que todo estaría bien, pero que volviera, por favor, que volviera. Mi traje de héroe se rompió en mil pedazos y la cabeza empezó a darme vueltas y sentí como si no hubiera avanzado, como si me hubiera quedado estancado, como si el reloj hubiera retrocedido a aquel 15 de agosto cuando me dejaron al mando del puesto de guardia y vi la alambrada demasiado baja y los ladrillos demasiado cerca. Entonces salí a la calle en busca de un bar. Entré en el primero que encontré. Y ya no salí en diez años.

Me ahogaba en alcohol, en odio, en rabia, en culpa, en pena. Tras esa carta llegaron muchas más. Todas me pedían que volviera, que no sabían que hacer sin mí, que me perdonaban, pero que volviera. Y yo le preguntaba a la botella llena qué debía hacer, y la botella vacía me contestaba que debía volver. Pero el instinto de supervivencia que se había adueñado de mí en aquellos tres segundos en blanco se había apoderado de toda mi vida. Tenía miedo. Miedo de lo que pasaría si volvía, si la Stasi me atrapaba, si volvía a mirar a los ojos a mis padres y no hallaba en ellos más que decepción, en los de Lena nada más que un héroe muerto. Y la botella vacía me miraba, acusadora. Y yo volvía a preguntar a otra botella.

Un día la carta llegó con la letra clara y limpia de Lena. Las botellas se rompieron y se me desgarró el alma.

“Vuelve, Conrad, por favor, vuelve”.

Compré una maleta, metí mis cosas y fui a ver a Jacob. Si alguien podía ayudarme a pasar al otro lado, ese era un policía. Llamé a su puerta, le conté mi plan y me dijo lo que esperaba oír.

— Si vas, ya no tendrás tanta suerte como aquella vez. No podrás volver de nuevo.

Insistí débilmente en que me ayudara, sin saber muy bien qué estaba haciendo.

—Conrad —me dijo mi amigo, los ojos más serios que nunca—, si vuelves te encarcelarán por desertor o algo peor. ¿Por qué no te vas de Berlín? Este lugar te está matando. Vete de aquí, busca trabajo y deja de beber. Y olvídate del este. Tú ya no puedes hacer nada por ellos, ni ellos por ti.

Asentí, dejando que me convenciera, pensando “cobarde”, y volví a mi casa. No deshice las maletas, ¿para qué? Me marchaba de todos modos.

Volví a mi Baviera natal. Conseguí salir a flote, busqué trabajo, hui de todo. De las fotos y de las cartas.

Y entonces conocí a Sarah. Sarah me mantuvo a flote. Nos casamos en primavera, y apenas unos años después, un enano tambaleante que no me llegaba por la rodilla corría por los pasillos de mi casa hacia los brazos de su padre.

Pero las cartas y las fotografías nunca se fueron. Las fotos se habían ido olvidando, poco a poco, pero cuando creía que ya no las volvería a ver, me topaba conmigo mismo en alguna esquina, joven, valiente, insensato, ignorante, saltando sobre el mundo entero, para recordarme que el héroe de Berlín seguía allí, como un credo. También había traído las cartas conmigo y las había guardado en un cajón que

nunca volví a abrir, pero las cartas seguían allí, sangrando tinta, clavando culpa, y el uniforme de héroe volvía mi carga más y más pesada.

Y cuando ya creíamos que el muro iba a durar mil años, empezaron a derruirlo. Poco a poco, piedra a piedra, palabra a palabra, los soviéticos y los estadounidenses estrecharon manos y entre todos lo tiraron abajo. ¿No lo hicisteis, Ronald? pregunto a la foto del salón, donde le estrecho la mano al presidente, no al mío, pero sí al del mundo entero. Cuando el muro tocó a su fin todos quisieron rememorar los inicios, traer a los viejos héroes, reunir a todos sus símbolos ahora que ya no iban a poder fabricar más. Me puse de nuevo mi disfraz. Volví a posar para las cámaras, firmé trozos de papel, sonreí y saludé cuando tuve que hacerlo.

Y finalmente volví a casa sin miedo. Mi madre me abrazó, los brazos frágiles, la espalda encorvada, el pelo canoso. Pero Lena, ahora una mujer de pelo rizado y brazos en jarras, y mi padre, con gafas sobre su nariz afilada y ojos de piedra, permanecieron a un lado. Cobarde, decían sus ojos. Cobarde. Desertor. Traidor. No fueron los únicos que ya no quisieron volverme a hablar.

Al principio no lo entendí. Les dije que había recibido las cartas, que había pensado en volver, porque ellos me lo pedían. Mi madre quiso callarlos, pero Lena y papá me lo contaron igualmente: la Stasi había dictado aquellas cartas. ¿Por qué? pregunté, acero en el alma. Lena se encogió de hombros, indiferente.

— Querrían al icono de la guerra en su bando.

Tras eso me marché. Seguí hablando con mi madre, le enviaba cartas, pero mi padre y Lena no quisieron volver a hablarme. A veces, cuando recibía las cartas de mi madre y no sabía quién se escondía detrás de su letra pequeña y apretada, pensaba que tal vez era mejor así.

La botella me llamaba de nuevo con sus cantos de sirena. Vaciaba las botellas y las llenaba con mi culpa y mi pena. Sarah se preocupó por mí, dijo que no era el mismo de antes. Yo sonreía sin alegría. Nunca lo fui. Pero al ver la mirada triste de Sarah me sentía aún más culpable, porque había fallado en el este, y ahora fallaba en el oeste.

Sarah acabó por llevarme al médico. ¿Para qué? Pregunté yo. Los médicos arreglan cuerpos, no almas. Él vio mi disfraz desmañado y rasgado de héroe y lo llamó depresión. Volví a casa deprimido, Sarah diciéndome que lo arreglaríamos todo. Yo besé a mi mujer mientras las cartas sangraban tinta en los cajones.

Un día las tiré a la basura, colgué la foto mundialmente famosa en el salón, colgué a Reagan estrechándome la mano al lado. Aquel día, trajeado y a la altura de un presidente, me sentí orgulloso. Cada vez que pasaba por el salón veía el soldado que escapaba y me reía, cada carcajada un puñal más. ¿Escapar? ¿Escapar de qué? Aquel soldado nunca escapó.

Han pasado casi 10 años desde que el muro no existe. No he vuelto a ver a mi familia desde que acudí aquella primera vez. He recibido una carta de mi madre. Papá ha muerto. La carta ha llegado tarde, el funeral fue hace dos días. Las letras de tinta tiemblan sobre el papel. ¿Por qué no un telegrama? Tal vez Lena no la dejó. Tal vez yo estoy tan muerto como el muro.

Hay días en los que Sarah me mantiene a flote, pero cada vez son menos. Vivo confinado con la foto de Reagan y la del soldado que nunca escapó. La botella vacía aguarda sobre la mesa, y ya no sabe contestar a mis preguntas. De nuevo me siento como aquel 15 de agosto en el cruce de la calle Bernauer con Rupinner, mirando hacia un lado, mirando hacia el otro.

Y mi padre que me grita “¡Ven aquí!”.

Por alguna razón, esta vez la decisión es más fácil. La soga está en el garaje. Las vigas en la buhardilla. Tomo una silla del salón.

Hago el lazo despacio, con cuidado, con esmero. Intento no pensar en Sarah. Necesito mis tres segundos en blanco, mis tres segundos para alcanzar mi objetivo sin ver nada más. Cobarde, desertor, traidor. Cobarde. Cobarde. Una vez más.

Paso la soga por la viga, me coloco mi flamante collar al cuello y me subo a la silla.

Antes de saltar me pregunto si, esta vez, veré la libertad al otro lado.

21 de marzo

1966

Bajo del coche, agarrando fuertemente el asa de la maleta, todavía sin poder creer que nadie nos haya detenido.

Mis zapatos pisan la tierra del camino, embarrada por la lluvia. Al final del camino hay una casa gris, pequeña, humilde, una caja de zapatos de niño. Puedo ver que el tejado tiene agujeros. Las paredes se desconchan.

Pero el suelo que piso es occidental y Max se baja del coche por la puerta contraria, y con eso es suficiente. Mi marido se ofrece a llevarme la maleta.

Viste con una camisa de cuadros.